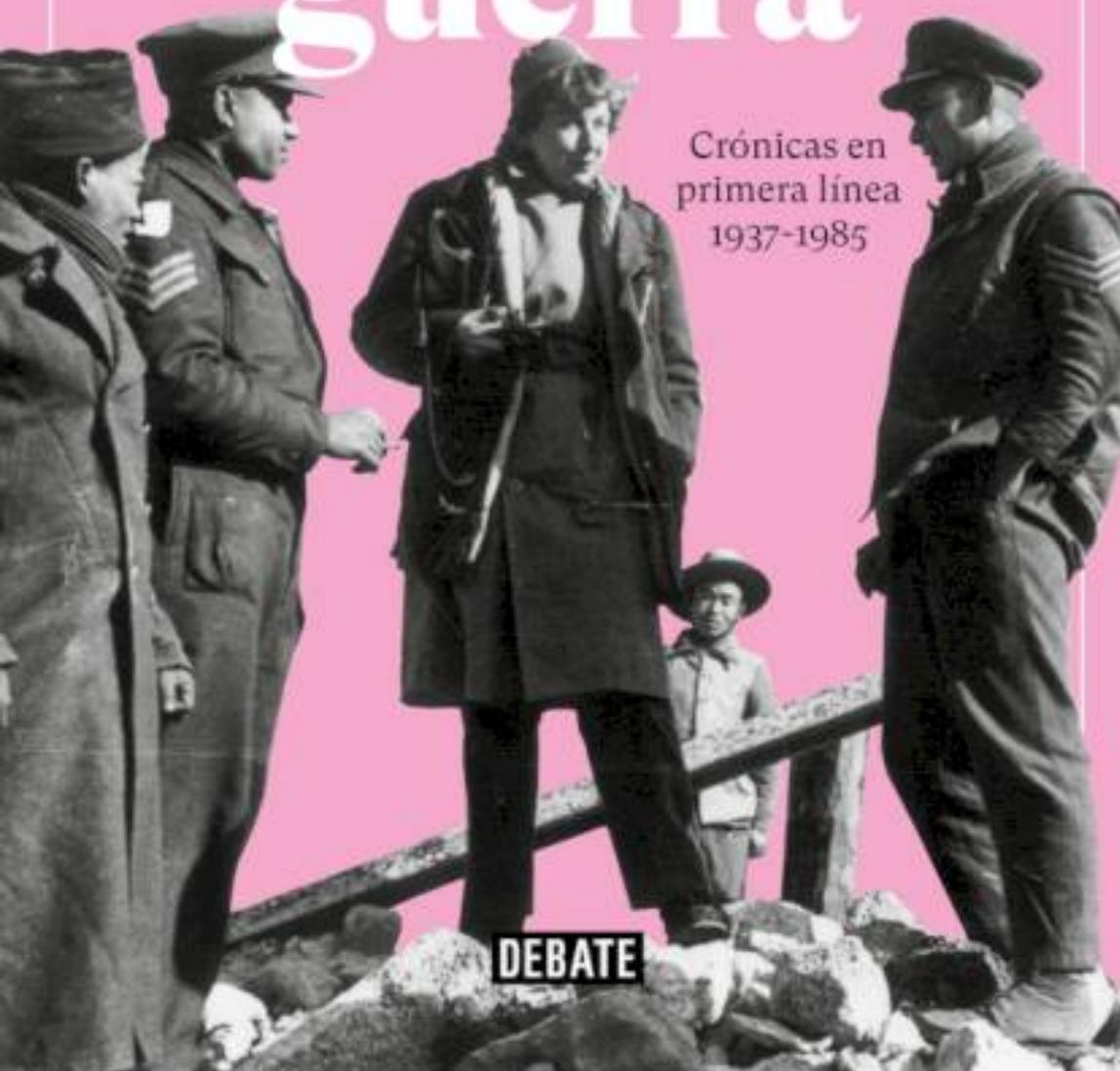


Martha Gellhorn

El rostro de la guerra

Crónicas en
primera línea
1937-1985



DEBATE

El rostro de la guerra

Crónicas en primera línea
1937-1985

MARTHA GELLHORN

Traducción de
Cari Baena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi hijo Sandy

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

En el verano de 1936 me encontraba en la Weltkriegsbibliothek de Stuttgart comprobando ciertos datos para una novela. Los periódicos nazis comenzaron a hablar de un conflicto en España; no hablaban de guerra. Daba la impresión de que se trataba de una muchedumbre sedienta de sangre que atacaba a las fuerzas del orden y la decencia. Siempre se referían a esa muchedumbre, la legalmente constituida República española, como «los cerdos rojos». Los periódicos nazis contaban con un valor intrínseco: uno podía estar a favor de todo aquello que ellos denostaran.

Poco tiempo después de cumplir los veintiún años fui a trabajar a Francia, y allí me integré en un grupo de jóvenes pacifistas franceses. Compartíamos la pobreza y el entusiasmo, y nuestra razón de ser era echar a patadas al viejo demonio que nos estaba llevando sin contemplaciones hacia otra guerra. Creíamos que no podríamos tener una Europa en paz sin el *rapprochement* franco-alemán. Estábamos en lo cierto, pero entonces llegaron los nazis.

En 1934 nos encontramos en Berlín con los jóvenes nazis. Al llegar a la frontera, la policía alemana recorrió el tren, se detuvo en nuestro vagón de tercera clase y nos confiscó los periódicos. Aunque no pertenecíamos a ningún grupo, leíamos y discrepábamos de todas las opiniones, desde las monárquicas hasta las socialistas, pasando por las reformistas liberales (como la mía). Por una vez estuvimos todos de

acuerdo en considerar esa incautación un ultraje. Cuando bajamos del tren, manteniendo nuestro habitual corrillo de discusión, fuimos recibidos por los jóvenes nazis en una im-poluta y rubia formación vestida de color caqui. Resultó que entre todos ellos no tenían más que un cerebro de loro, así que no nos preocupamos. Tratamos seriamente de disculparlos; intentamos comprender que eran socialistas —como ellos no dejaban de asegurarnos—, no nacionalso-cialistas. Sentirse mal por los alemanes derrotados después de la guerra mundial era una sensación que compartía mucha gente. En aquella época yo también la viví. Además, era pacifista, lo que me impedía aplicar mis principios con sensatez. En 1936 los muchos principios a los que aferrarme no me sirvieron de nada. Vi cómo eran esos patanes y amenazadores nazis y hasta dónde serían capaces de llegar.

Allí estaba yo, trabajando con una desesperante resolución en una novela sobre los jóvenes pacifistas franceses. Permanecí algunos meses en Alemania discutiendo con cualquiera al que todavía le quedara valor para hacerlo sobre la libertad de pensamiento, los derechos individuales y los cerdos rojos españoles. Luego regresé a América, terminé mi novela, la guardé para siempre en un cajón y me dispuse a viajar a España. Había dejado de ser pacifista para convertirme en una antifascista.

En el invierno de 1937 las democracias occidentales lanzaron la consigna de la no intervención, lo que sencillamente significaba que ni las personas ni los suministros podrían penetrar con libertad en el territorio republicano español. Me dirigí a las autoridades francesas en París con el fin de conseguir todos los sellos y documentos necesarios para

salir del país. El funcionario francés, como sabe todo el que haya tenido que tratar con alguno, es un auténtico bruto parapetado tras una ventanilla enrejada que no escucha a nadie y se rasca por todas partes con su afilada pluma gubernamental de tinta pálida. Creo que no saqué nada en claro con aquel tipo, porque solo recuerdo que estudié un mapa, cogí un tren, me bajé en la estación más cercana a la frontera hispano-andorrana, recorrí la escasa distancia que mediaba entre los dos países y subí a otro tren de viejos vagones fríos y pequeños llenos de soldados de la República española que volvían a Barcelona después de un permiso.

Casi nadie habría dicho que eran soldados, vestidos como iban de cualquier manera, y no había duda de que se trataba de un ejército en el que había que buscarse el sustento, ya que el Gobierno no podía ocuparse de ello. Me encontraba en un vagón de madera con seis chicos que comían embutido hecho con ajo y pan de harina molida sobre piedra. Me ofrecían su comida, reían, cantaban. Cuando el tren se detuvo, otro joven, tal vez el oficial, se asomó al vagón y se dirigió a ellos. Deduje que estaba invitándolos a ser cortesés; y lo fueron, aunque no pude entender lo que decían porque yo no hablaba español.

Barcelona brillaba bajo el sol y la alegría de las banderas rojas, y el taxista no me quiso cobrar; parecía que todo era gratis y que todos éramos hermanos. A los muchos que no han experimentado esta sensación, siquiera un instante, puedo decirles que es lo más maravilloso que puede suceder. Me llevaron de un lado a otro como un paquete, con alegría y amabilidad. Viajé en camiones y en coches atestados. Y por último, vía Valencia, llegué a Madrid de noche.

La ciudad, fría y enorme, estaba sumida en una total oscuridad; en sus calles silenciosas se adivinaba el peligro en los agujeros de los obuses. Era el 27 de marzo de 1937, una fecha que he encontrado entre mis notas. Hasta entonces no había tenido la impresión de estar en guerra, pero en aquel momento eso cambió. Era una sensación indescriptible; una ciudad entera convertida en campo de batalla, expectante en la oscuridad. Había miedo en aquella sensación y también valor; te hacía avanzar con cuidado, prestar suma atención a todos los ruidos, y te encogía el corazón.

Un hombre amable y resuelto, entonces editor de la revista *Collier's* de Nueva York, me había dado una carta. La misiva, dirigida a quien pudiera concernir, decía que la poseedora, Martha Gellhorn, era la enviada especial a España de la revista *Collier's*. El documento podría ayudarme a la hora de aclarar a las autoridades el motivo de mi estancia en España o la razón que me había llevado hasta allí, pero no servía para nada más. No tenía relación con periódico o revista alguna, y pensaba que todo lo que se podía hacer con respecto a la guerra era ir a ella en señal de solidaridad, y morir o sobrevivir si había suerte hasta que la guerra terminara. Eso fue lo que ocurrió en las trincheras de Francia, según había leído; todos murieron o sufrieron tales heridas que los retiraron de allí. No sabía que se pudiera llegar a ser aquello en lo que me convertí, una turista que salió ilesa de las guerras. Una mochila y unos cincuenta dólares eran todo el equipaje que llevé a España. Cualquier otra cosa parecía innecesaria.

Me pegué a los corresponsales de guerra, hombres con experiencia y una misión seria entre manos. Como las autoridades les facilitaron el transporte y pases militares (era mucho más difícil conseguir transporte que un permiso para verlo todo; esta era una guerra abierta e íntima), fui con ellos a los frentes abiertos en Madrid y sus alrededores. De todos modos, hice poco más que aprender algo de español y algo sobre la guerra, y visité a los heridos con la intención de divertirlos o distraerlos, esfuerzo un tanto inútil; hasta que un día, unas semanas después de haber llegado a la capital, un amigo periodista me sugirió que escribiera, que ese era el único modo en que yo podría servir a la *Causa*, palabra solemne para los españoles, cariñosa para todos nosotros, con que se designaba la guerra de la República española. Al fin y al cabo, yo era escritora, ¿no? Pero ¿cómo podría escribir sobre la guerra, qué sabía yo de ella y para quién iba a hacerlo? En primer lugar, ¿cómo empezó todo? ¿Tenía que ocurrir algo colosal y definitivo para poder escribir un artículo? Mi amigo periodista sugirió que hablara acerca de Madrid. ¿A quién podría interesarle?, pregunté; no era más que la vida cotidiana. Él me hizo ver que aquella no era la vida cotidiana de todo el mundo.

Envié a *Collier's* mi primer artículo sobre Madrid, sin esperar que lo publicaran; pero yo tenía aquella carta y conocía la dirección de la revista. *Collier's* aceptó mi artículo, y después del siguiente puso mi nombre junto al del resto de la plantilla. Me enteré por casualidad. Si estaba en plantilla, no había duda de que era corresponsal de guerra. Y así empezó todo.

Quisiera expresar aquí mi agradecimiento a esta revista, hoy desaparecida, y a Charles Colebaugh, su editor. *Collier's* me brindó la oportunidad de vivir los acontecimientos de mi época, la guerra. Nunca censuraron ni modificaron lo que escribí. Sí titularon, no obstante, la mayoría de mis artículos. He suprimido aquí esos títulos, que no me gustaron pero que fueron el insignificante precio que tuve que pagar por la libertad que me dio *Collier's*. Durante ocho años viajé adonde quise y cuando quise, y pude escribir lo que vi.

La Guerra Civil española tuvo un elemento precursor que caracterizó los conflictos posteriores: la población civil se convirtió en otra víctima más. He seleccionado tres reportajes de esta guerra urbana del siglo xx. El pueblo de la República española fue el primero que sufrió la despiadada totalidad de la guerra moderna.

Durante veinte años he defendido la causa de la República española ante la más mínima provocación y me he cansado de explicar que no se trataba de una banda de rojos sedientos de sangre ni de la zarpa rusa. También hace ya tiempo que me cansé de repetir que los hombres que lucharon y murieron por la República, sin distinción de nacionalidad, ya fueran comunistas, anarquistas, socialistas, poetas, fontaneros, trabajadores de clase media o príncipes de Abisinia, fueron valientes y generosos, porque España no dio recompensas. Lucharon por todos nosotros contra las fuerzas aliadas del fascismo europeo. Merecieron nuestro agradecimiento y respeto, y no obtuvieron ninguno de los dos.

Yo creía entonces (y lo creo todavía) que las democracias occidentales tenían dos obligaciones primordiales: defen-

der su honor ayudando a una joven democracia en peligro y salvar el pellejo combatiendo en España a Hitler y Mussolini en lugar de hacerlo más tarde, cuando el sufrimiento humano ya había alcanzado cotas inimaginables. Las discusiones resultaron inútiles tanto durante la Guerra Civil española como a su término; los bien alimentados prejuicios contra la República no han mermado con el tiempo ni con los hechos.

Todos los que creímos en la causa de la República lloraremos siempre su derrota y la muerte de quienes la defendieron, y seguiremos amando a España y a sus magníficas gentes, que se cuentan entre las más nobles y desgraciadas de la tierra.

Londres, 1959

Bombas para todos

Julio de 1937

Al principio, los obuses nos sobrevolaban; podía oírse el ruido sordo que emitían al salir disparados de las armas de los fascistas, como una especie de tos pesada. Luego los oías acercarse vibrando hacia ti. A medida que se aproximaban, su sonido se aceleraba, se intensificaba, se agudizaba y después, enseguida, caían con gran estruendo.

Pero en aquellos días, aunque no sé durante cuánto tiempo, porque el tiempo no significaba gran cosa, habían estado cayendo en la calle del hotel, y en la esquina, y a la izquierda, en la calle de al lado. Cuando los obuses impactaban tan cerca su sonido era distinto. Se dirigían silbando hacia ti —era como un zumbido— a una velocidad difícil de imaginar, y, al girar, aullaban; el aullido crecía y avanzaba hasta convertirse en un grito cercano, y luego caían como truenos de granito. No se podía hacer nada ni había lugar adonde ir; solo cabía esperar. Pero esperar en la soledad de una habitación que iba llenándose del polvo de los adoquines destrozados de la calle era muy desagradable.

Bajé al vestíbulo, tratando de respirar por el camino. No podías evitar hacerlo de un modo extraño, dejando el aire en la garganta, incapaz de inhalarlo.

Vivir en un hotel parecía una idea un tanto extravagante, como si se tratara de un hotel de Des Moines o Nueva Orleans —con su vestíbulo y sus sillas de mimbre en los salones, sus rótulos en las puertas de cada habitación informándote de que te planchan la ropa en el momento y de que las comidas servidas en ellas llevan un recargo del 10 por ciento— que al mismo tiempo es una trinchera cuando cae la descarga de la artillería. El edificio entero temblaba con las explosiones de los obuses.

El portero, que estaba en el vestíbulo, me decía como disculpándose:

—Cuánto lo siento, mademoiselle. Esto no es agradable. Le aseguro que el bombardeo de noviembre fue mucho peor. Aun así, es terrible.

—Desde luego no es nada agradable —le respondí. Me sugirió que tal vez debería trasladarme a alguna habitación de la parte trasera del edificio, donde pudiera estar más segura; pero las estancias de esa parte no eran tan cómodas porque había menos aire, cosa normal en este caso, y así se lo manifesté. Nos quedamos escuchando en el vestíbulo.

Esperar era lo único que se podía hacer. Todo Madrid llevaba quince días esperando. Esperabas que empezara el bombardeo, y esperabas su fin y su inicio. Procedía de tres direcciones diferentes y llegaba en cualquier momento, sin aviso ni razón aparente. Más allá de la puerta de entrada pude ver gente de pie en los portales de las casas que daban a la plaza, esperando con paciencia; luego un obús cayó de repente, y los fragmentos de una fuente de granito volaron por los aires, mientras el humo plateado de la lidita flotaba pausadamente.

Un chico de brillantes ojos castaños, vestido con una camisa azul lavanda y una pajarita, estaba de pie junto a la puerta y miraba todo con interés. Tampoco había razón para que los obuses no estallaran en el interior del hotel. Podían atravesar esa puerta igual que cualquier otra. Cayó un nuevo proyectil en mitad del otro lado de la calle y rompió una ventana con suavidad, sin llamar la atención, con un delicado tintineo.

Intentaba distinguir al resto de la gente refugiada en los portales de las casas, gente de rostros inmensamente tranquilos y agotados. Parecía que siempre hubieran estado esperando ahí, una sensación que se repetía todos los días.

—¿No le resulta emocionante? —me preguntó el chico.

—No.

—No es nada —dijo—. Pasaré. Además, solo se muere una vez.

—Sí —afirmé sin entusiasmo.

Nos quedamos allí un momento, en medio del silencio. Poco antes habían estado cayendo obuses cada minuto.

—Bien —dijo—. Parece que esto se ha acabado. Tengo cosas que hacer. Soy un hombre responsable. No puedo perder el tiempo por unos obuses. Salud —dijo, y comenzó a caminar con tranquilidad por la calle y cruzó con la misma calma.

Al verlo, otros hombres también decidieron que el bombardeo había terminado, y en un momento la gente se lanzó a cruzar la plaza, ahora perforada por grandes agujeros redondos y cubierta de cristales y adoquines rotos. Una anciana que llevaba un cesto de la compra avanzaba con rapi-